



FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

ASEXUALIDAD

¿Un trastorno o una manera de ser?

Autora: Elena Donate Rodríguez

Directora: María José Carrasco Galán

Madrid

2018

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	3
2. ¿QUÉ ES LA ASEXUALIDAD? ¿QUÉ CARACTERÍSTICAS TIENE?	5
2.1 La identificación asexual	12
3. ASEXUALIDAD: ¿UN TRASTORNO O UNA MANERA DE SER?	15
4. LA ASEXUALIDAD EN INTERNET	22
5. CONCLUSIONES	23
6. REFERENCIAS	26

1. INTRODUCCIÓN

La atracción sexual siempre ha sido considerada como un fenómeno omnipresente en la experiencia humana y necesaria para la consecución de nuestra especie. Sin embargo, existe una creciente evidencia de que al menos el 1% de la población humana adulta no experimenta atracción sexual hacia los demás (Bogaert, 2004) y en datos recogidos sobre la población estadounidense, Poston y Baumle (2010) estiman que aproximadamente el 3,9% de los hombres y el 3,8% de las mujeres se identifican como asexuales.

En el año 2001 David Jay fundó la Red de Visibilidad y Educación Asexual (AVEN) (AVENwiki s/f), una plataforma on-line que surge con el fin de aportar una mayor visibilidad a la asexualidad y un espacio donde las personas asexuales pueden tanto informarse como aportar información sobre sus experiencias. La definición que establece esta asociación para asexual es aquella “persona que no experimenta atracción sexual hacia otras personas”. Para los miembros de AVEN no implica la ausencia de libido o práctica sexual y lo distinguen claramente del celibato (elección de no mantener relaciones sexuales) y de la anti-sexualidad (creencia de que la sexualidad debe ser evitada). Además de todo lo anterior, esta comunidad entiende la asexualidad como una orientación sexual, en concreto, hacia ningún género.

Por otro lado, si revisamos diversas investigaciones sobre asexualidad, nos damos cuenta de que existe una gran variedad de definiciones.

Una de las referencias más tempranas data del año 1896, cuando Hirschfeld, en su escrito *Sappho und Sokrates* (el cual es considerado como punto de inicio del movimiento homosexual), habla de un grupo de individuos que poseen: “Anästhesia sexualis”, en español, anestesia sexual, y los describe como aquellos sin ningún deseo sexual (como se citó en Steiner, 1985). Unas décadas más tarde Alfred Kinsey, junto con Pomeroy y Martin (como se cita en Drucker, 2011), hicieron referencia a la asexualidad humana en sus investigaciones sobre la conducta sexual de los varones y de las mujeres. En las conclusiones de dichas investigaciones establecieron tres categorías para los comportamientos sexuales: heterosexualidad, homosexualidad y bisexualidad, y aparte se

denominó con una categoría X al sector que no tenía comportamiento sexual asociado y que presentaba una falta de respuesta sexual ante estímulos eróticos; esta categoría no fue incluida en su escala. De estas investigaciones surge la conocida escala de Kinsey donde se muestra la sexualidad como un continuo que va desde individuos exclusivamente heterosexuales hasta individuos exclusivamente homosexuales.

En 1977 se publica un artículo centrado exclusivamente en la asexualidad: “*Asexual and Autoerotic Women: Two Invisible Groups*” de Mara T. Johnson. En este artículo la autora definía a las mujeres asexuales como aquellas quienes, presentaban una “ausencia de comportamiento sexual asociado con una falta de deseo sexual” (como se citó en Van Houdenhove, Enzlin y Gijs, 2017. p 647). Más tarde Storms (1979) incluiría la asexualidad como una cuarta orientación y redefiniría a los asexuales como aquellos que no son atraídos por uno u otro sexo. Por otro lado, en su investigación, Nurius (1983) incluyó un grupo de individuos que “no se implican en ningún tipo de actividad sexual”, a los que denominó asexuales.

Cabe destacar que en un primer momento la asexualidad fue considerada como un trastorno sexual y fue tratada como tal, encontrándose incluida en el manual de diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales y siendo codificada, por ejemplo, como trastorno del deseo sexual hipoactivo (American Psychiatric Association, 2013). En este trabajo se profundizará sobre el aspecto de si la asexualidad es o no un trastorno sexual.

Teniendo en cuenta la evolución histórica que ha ido sufriendo la visión de la asexualidad en el mundo científico, vemos que hay diversas maneras de definir, investigar y entender la asexualidad, lo que nos hace plantearnos algunas preguntas que intentaremos explorar a lo largo del trabajo, como por ejemplo: ¿se refieren todos al mismo fenómeno? y por tanto, ¿qué es exactamente la asexualidad?, ¿es una falta de atracción sexual o deseo sexual?, ¿es la ausencia de conducta sexual?, ¿o es un estado con el que uno se auto-identifica? ¿podría ser una combinación de todo lo anterior?

La falta de atracción sexual hacia los demás es la definición más comúnmente utilizada para asexualidad, aunque es importante remarcar que esta falta de atracción no impide a

las personas asexuales la búsqueda de relaciones afectivas y románticas. Para muchos autores, y para los propios individuos asexuales, la asexualidad es considerada una orientación sexual o una orientación romántica, y de hecho, se van a autodefinir como individuos arrománticos, homorrománticos, heterorrománticos o birrománticos. Este asunto presenta una de las cuestiones principales dentro del tema de la asexualidad ¿se puede hablar de orientación sexual cuando no hay orientación hacia nada? No obstante, y a pesar de los interrogantes que surgen, las personas asexuales, consideran la asexualidad como una orientación tan válida como cualquiera de las otras orientaciones: heterosexual, homosexual o bisexual y, a través de las redes sociales, buscan un mayor reconocimiento de su condición pasando a ser para muchos una identidad sexual y un nuevo modo de entender la sexualidad (Bogaert, 2006; Prause y Graham, 2007).

El objetivo de este trabajo es aportar visibilidad y ayudar a la mejor comprensión de este tema, llevando a cabo una revisión de estudios e investigaciones realizados sobre la asexualidad con el objetivo de proporcionar una visión amplia sobre esta realidad a la vez que se intentarán recoger y aclarar los puntos más controvertidos y polémicos presentes en la actualidad.

El trabajo se centrará en primer lugar, en exponer qué es la asexualidad y qué características tiene, y se presentarán preguntas que surgen, como ¿qué diferencia encontramos entre deseo, atracción y excitación? Y ¿cómo se definen las personas asexuales?, ¿es una identidad? En segundo lugar se intentará abordar la pregunta: ¿es un trastorno o una orientación sexual? Por último se revisarán las aportaciones por parte de las asociaciones que apoyan el movimiento asexual.

2. ¿QUÉ ES LA ASEXUALIDAD? ¿QUÉ CARACTERÍSTICAS TIENE?

Antes de entrar en las numerosas definiciones sobre asexualidad existentes, es importante señalar el origen etimológico del término asexual con el fin de poder comprender mejor su significado: el prefijo “a-” significa “sin”, el sustantivo “sexus”, se traduce como “sexo” y el sufijo “-alis” se utiliza para designar “pertenencia” o “cualidad”. Por tanto literalmente asexual es carencia de sexo.

Según el DRAE (Real Academia Española, 2018) asexual es un adjetivo que designa: “sin sexo, ambiguo, indeterminado.” Según el Diccionario de Cambridge (2017), asexual significa “sin órganos sexuales” o “ausencia de interés en relaciones sexuales”.

Álvarez Munrráiz (2010) indica que desde el campo de la biología el término asexual se refiere a un proceso de división o reproducción en el que interviene un único organismo, sin intervención de gametos, y menciona que con la aparición de la ingeniería genética el término asexual se comienza a utilizar en los procesos de clonación artificial (proceso asexual de obtención de copias idénticas de un organismo, célula o molécula ya desarrollado).

Las definiciones que van a guiar este trabajo son aquellas que se encuentran recogidas dentro del ámbito de las ciencias humanas y sociales.

Como ya hemos comentado anteriormente, desde las primeras investigaciones, la asexualidad ha sido definida de numerosas maneras, y podemos encontrar diversos conceptos que han sido utilizados para definirla. Es por ello que podemos encontrar que algunos autores consideran que se corresponde con **bajo deseo sexual** (Brotto, Yule y Gorzalk, 2015; Pacho, 2013; Paredes y Portillo, 2011), otros indican que conlleva una **ausencia de atracción** (Bogaert, 2004; Brotto y Yule, 2016; DeLuzio Chasin, 2011);, otros consideran la asexualidad una **orientación sexual** (Brotto, Knudson, Inskip, Rhodes, y Erskine, 2010; Brotto y Yule, 2011; Storms, 1979), también se señala la **ausencia de comportamiento sexual**, (Nurius, 1983), las alteraciones en la **excitación sexual** (Prause y Graham, 2007) o la posible **disfunción sexual** (Bogaert, 2004, 2006; Prause y Graham, 2007) y, por último, hay autores que indican la importancia del proceso de **identificación** (Brotto y Yule, 2016)

Tres conceptos que están presentes en muchas de las investigaciones, y que en muchas ocasiones se solapan y son utilizados del mismo modo, son: el deseo sexual, la atracción sexual y la excitación sexual.

Kaplan (1977) afirma que la respuesta sexual de hombres y mujeres se puede dividir en tres fases: deseo, excitación y orgasmo, siendo el deseo sexual definido como sensaciones

que incitan a la persona a comenzar o mostrarse receptiva a una estimulación sexual; distingue además entre dos tipos de deseo sexual, el generado por estimulación interna (por ejemplo, pensamientos o aspectos orgánicos) y el generado por estimulación externa (por ejemplo, estar con tu pareja). En cuanto a la excitación y el orgasmo, señala que implican reflejos autónomos de los genitales.

Cuando intentamos buscar una definición de atracción sexual con el fin de hacer una comparativa y aclarar diferencias, nos damos cuenta de que existe poca literatura al respecto y no encontramos ninguna definición clara del concepto. Además, en muchas ocasiones, se utiliza la misma definición que para el deseo sexual. Cuando hablamos de atracción necesariamente debemos incluir un mínimo de dos personas o cosas, ya que la capacidad de atraer se define en el DRAE (Real Academia Española, 2018) como: “dicho de una persona o cosa: hacer que acudan a sí otras cosas, animales o personas”. Desde el punto de vista psicológico, Helen E. Fisher (1998) realiza un estudio sobre la atracción sexual y su implicación en la reproducción humana y destaca conceptos como la lujuria, la cual conduce a las personas hacia la búsqueda de la gratificación sexual y por otro lado nos habla de la atracción como mecanismo que permite a la persona dirigir su esfuerzo de apareamiento hacia parejas preferidas, por lo que confirma que en la atracción sexual entran en juego, mínimo, dos personas.

Volviendo a la confusión entre los conceptos, en su investigación, Yule, Brotto y Gorzalk (2015) remarcan la dificultad para desenredar la atracción sexual y el deseo. El modo en el que se definan determinará si deben incluirse o no en la definición de asexualidad, ya que, por ejemplo, si entendemos el deseo sexual como un “impulso de estimulación sexual que puede incluir estimulación asociada y no relacionada (por ejemplo, masturbación)”, entonces, usar una definición centrada en la falta de atracción sexual no significaría que las personas asexuales carezcan de deseo sexual. Por tanto tal y como han puesto de manifiesto los autores anteriormente citados, es complicado desligar un concepto del otro, aunque pueden existir diferencias sutiles entre ambos. De este modo, en este trabajo vamos a entender el deseo como un impulso o una respuesta incondicionada, mientras que nos referiremos a atracción como la dirección que toma dicho impulso.

En una de sus investigaciones, Brotto y Yule (2016) señalan que cuando hay evidencia de

una forma de deseo en las personas asexuales, a menudo es un deseo "solitario", desconectado de los demás. Un ejemplo de esto son los resultados de la investigación de Brotto et al. (2010), en la cual muestran que hay evidencia de que un número significativo de personas asexuales se masturban, el 80% de los hombres y el 77% de las mujeres informaron de ello, y los hombres informaron una frecuencia de masturbación significativamente mayor que las mujeres.

Por otro lado, Prause y Graham (2007) formularon la hipótesis de que las personas que se identificaran como asexuales y que tuvieran una falta específica de deseo sexual, no necesariamente carecerían de motivación sexual. Esta motivación sexual se entendía siguiendo la conceptualización de Basson (2000) como motivación de incentivo o como deseo de conductas sexuales promovidas por otras necesidades, no exclusivamente sexuales, por ejemplo, la necesidad de mejorar la intimidad con la pareja. En su investigación, centrada en la respuesta sexual femenina, Basson (2000) afirma que una mujer puede facilitar una interacción sexual de la que obtiene beneficios potenciales que no son estrictamente sexuales (como por ejemplo, la mayor cercanía emocional, la unión, el compromiso, etc.) Estas afirmaciones nos permiten entender por qué muchas personas asexuales expresan mantener relaciones sexuales sólo por complacer a su pareja. (Paredes y Portillo, 2011).

En relación con esto y pasando al aspecto de la atracción sexual, cabe destacar un estudio que señala que bajo ciertas condiciones, algunas personas asexuales informan que experimentan una especie de atracción sexual, por ejemplo, cuando establecieron una relación romántica comprometida (Van Houdenhove et al., 2017) y es que, tener una falta de atracción sexual se distingue en diversas investigaciones de la capacidad de las personas asexuales para experimentar una atracción romántica/afectiva por los demás (Van Houdenhove et al., 2017; Brotto y Yule, 2016; Cranney, 2016; Bogaert, 2016). Esta distinción surge del supuesto de que la atracción sexual y el amor romántico se experimentan al mismo tiempo, y existe una suposición tradicional de que uno implica al otro. Sin embargo, investigaciones como la de Diamond (2003), señalan la diferencia entre atracción sexual y atracción romántica y, aunque sus investigaciones no estén directamente relacionadas con la asexualidad, nos permiten comprenderla mejor. En estas

investigaciones, Diamond expone que la atracción romántica y la sexual son regidas por diferentes sistemas de comportamiento social y que, además, evolucionan para cumplir objetivos diferentes. Como argumenta Fisher (1998), la atracción se rige por el sistema de reproducción sexual, con el objetivo del mantenimiento de la especie y el amor romántico, sin embargo, se rige por el sistema de apego, con el objetivo del mantenimiento de una vinculación permanente entre dos individuos. Además, Diamond (2003) añade que los sistemas sexuales tienen una historia filogenética más antigua y abarcan estructuras cerebrales diferentes a las del sistema del amor romántico o atracción romántica y aporta evidencias de que, en términos prácticos, las inclinaciones románticas de una persona no siempre se corresponden con las sexuales: podemos tener inclinaciones románticas hacia, por ejemplo, los hombres, aunque nuestra atracción sexual primaria sea hacia las mujeres. También presenta una serie de evidencias de amor romántico sin atracción. Así, por ejemplo, el estudio exhaustivo de enamoramiento de Tennov (como se citó en Diamond, 2003) reveló que el 61% de las mujeres y el 35% de los hombres informaron haberse enamorado sin sentir "ninguna necesidad de tener relaciones sexuales". Por otro lado Paredes y Portillo (2011) señalan que, a pesar de que las personas asexuales no tengan interés en el aspecto sexual o físico de una relación, sí sienten la necesidad y el deseo de conocer y establecer vínculos emocionales, buscando el enfoque romántico de las relaciones, así como una pareja emocional estable. De acuerdo con esta afirmación, existe evidencia de que algunas personas asexuales logran participar en relaciones amorosas que no implican ningún componente sexual (Van Houdenhove et al., 2017). Un dato que apoya esto es el porcentaje de personas asexuales que mantienen este tipo de relaciones, aproximadamente el 33%, (Bogaert, 2004).

Otro concepto importante que aparece en muchas de las definiciones sobre asexualidad es la que hace referencia a la excitación sexual.

Para abordar este tema es importante tener en cuenta algunos de los modelos más relevantes que tratan el asunto de la respuesta sexual en humanos. Uno de estos modelos más conocido es el de Masters y Johnson (como se citó en Gorguet Pi, 2008) Estos autores, en sus estudios sobre la sexualidad humana, establecieron que la respuesta sexual masculina y femenina se podía dividir en cuatro fases: excitación, meseta, orgasmo, y

resolución. En cuanto a la fase de excitación, se explica que se inicia tras la aparición de estímulos sexuales (físicos o psíquicos). Unos años más tarde, Kaplan (1977) ofrece otro modelo que incluye una fase de deseo y se refiere a la excitación como una sensación subjetiva de placer sexual que se puede observar a través de los cambios fisiológicos que suceden en el sujeto. En el año 2000, Basson, como ya se ha indicado, desarrolla un modelo de respuesta sexual femenina, partiendo de la base de que existen diferencias entre el funcionamiento de los varones y las mujeres en sus ciclos sexuales. En su propuesta, Basson indica que en muchas ocasiones el deseo puede surgir de manera espontánea, pero también afirma que puede aparecer de manera voluntaria, es decir, partiendo de una situación neutra, en este caso, la mujer se plantea activarse sexualmente centrándose en aquellos estímulos necesarios para poner en marcha el deseo sexual (como se citó en Carrasco, 2011). La conclusión que se extrae de este modelo es que, por lo menos en las mujeres, el deseo y la excitación sexual son procesos que se dan en muchas ocasiones casi de forma simultánea. Por lo que una alteración en uno de ellos puede afectar al otro.

Para continuar con autores que nos permiten comprender de una manera más clara en que consiste la excitación, Everaerd y Both (2001), la definen como el componente cognitivo de la respuesta sexual, o dicho de otro modo, estos autores explicaban que cualquier estímulo sexual puede suscitar una respuesta de excitación sexual y como consecuencia de esta respuesta puede aparecer el deseo sexual. Aunque como ya señalé Basson (2000) el orden no siempre es riguroso.

Prause y Graham (2007) en un estudio sobre la excitación sexual en personas asexuales, para el que elaboraron un cuestionario para medir asexualidad utilizando la conceptualización de deseo de Everaerd y Both (2001), mencionada anteriormente, señalaron que las personas asexuales están menos inclinadas a experimentar excitación sexual ya que poseen un umbral más alto para la excitación sexual que las personas no asexuales, es decir, que las personas asexuales necesitarían un mayor nivel de estímulo sexual para acercarse a la respuesta de excitación.

Quedarnos con la definición de asexualidad como falta de atracción sexual, no implicaría necesariamente que las personas asexuales carezcan de experiencias fisiológicas de excitación sexual. Una investigación que apoya esta afirmación es la de Brotto y Yule

(2011), que exploraron la excitación sexual psicológica y fisiológica de las mujeres asexuales con una muestra en la que había tanto sujetos sexuales como asexuales. Para medir la variable psicológica emplearon diversas escalas donde se valoraba el deseo, la excitación y el funcionamiento sexual percibidos y por otro lado, la variable fisiológica se midió con instrumentos que registraban los cambios de afluencia sanguínea en las paredes vaginales. La conclusión extraída de esta investigación es que las mujeres asexuales experimentan excitación fisiológica en respuesta a los estímulos sexuales, y además son conscientes de dicha excitación; sin embargo, esta excitación es significativamente menor en respuesta a diversas formas de contacto sexual, a la vez que experimentan un deseo significativamente menor de tener un contacto sexual, en comparación con las mujeres no asexuales. Hay que señalar que estos datos son recogidos con mujeres, y por tanto desconocemos si ocurre de igual manera en los hombres. Por otro lado, Paredes y Portillo (2011) afirman que las personas asexuales en algún momento de su vida, fundamentalmente en el periodo de la adolescencia, tuvieron curiosidad por las relaciones sexuales aunque finalmente esta experiencia no les resultó placentera.

En definitiva, asumiendo que la diferencia entre deseo sexual y atracción sexual se encuentra en que el deseo es entendido como un impulso o sensaciones que incitan a la persona a la búsqueda de la estimulación sexual (que puede ser solitaria) y por otro lado, la atracción sexual sería la búsqueda de un otro con quien establecer el contacto sexual; y a su vez aceptando la afirmación de Basson (2000) de que en muchas ocasiones se puede solapar y retroalimentar el deseo y la excitación, podemos quedarnos con la definición de **asexualidad como baja atracción sexual**, ya que no implicaría que las personas asexuales no experimenten deseo sexual y explicaría el bajo interés por mantener relaciones sexuales con otros. Es necesario aclarar que, aunque afirmo que las personas asexuales experimentan deseo sexual, este deseo es bajo o menor que el del resto de personas no asexuales. Esto mismo sucedería con la cuestión de la excitación sexual, al ponerse de manifiesto en algunas investigaciones que los niveles de excitación son inferiores a los recogidos de la población sexual. (Brotto y Yule ,2011)

Por otro lado, si consideramos la distinción entre atracción sexual y romántica, esta definición permite mantener que las personas asexuales pueden tener una inclinación

sentimental o romántica, a pesar de su falta de inclinación sexual. El caso de las personas asexuales que sí mantienen relaciones sexuales con sus parejas puede explicarse a través de la necesidad de establecer vínculos y cercanía emocional. También es importante destacar que entre las diferentes definiciones de asexualidad, la falta de atracción sexual hacia los demás es, sin duda, la más común y aceptada, tanto en la literatura reciente como entre los propios miembros de AVEN.

2.1 La identificación asexual

Laumann et al. (como se citó en Scherrer, 2008) afirman que los científicos sociales definen y estudian la sexualidad en base a tres ejes fundamentales: comportamiento, deseo e identidad. En este punto vamos a revisar a aquellos que entienden la asexualidad como una identidad, algo que uno es.

La identidad es la autoconciencia y la estabilidad de un modo de ser, actuar y pensar que otorgan significado y sentido a la vida de un individuo (Álvarez Munrráiz, 2010). A pesar de que son numerosos los estudiosos de la sexualidad y de la identidad sexual, existe una escasez de literatura que aborde las identidades y experiencias de personas que no experimentan atracción sexual.

Weeks afirma que la identidad es dinámica y le proporciona a la persona cierto grado de coherencia, continuidad y sentido de unidad personal y ubicación social (citado en Pacho, 2013); es un elemento que conecta con los demás (Scherrer, 2008). Según Hall (1996) la identidad se construye mediante la captación de orígenes o características compartidas con una persona o grupo de personas y además, la cultura y el entorno del individuo, así como las prácticas sociales, dan un sentido y constituyen un sustento para la formación de la identidad de los sujetos. Algunos elementos que contribuyen a la estabilidad de la identidad son el sexo, el género y la sexualidad. Pacho (2013) afirma que establecer una identidad sexual impide la negación del fenómeno definiéndolo. Por ejemplo, la homosexualidad se hizo reconocida en la sociedad después de que la sexología le proporcionase una terminología científica.

Volviendo a la identificación asexual, algunas investigaciones reconocen individuos

asexuales utilizando criterios como la auto-identificación a través de afirmaciones como: "Nunca me sentí sexualmente atraído por nadie" (Bogaert, 2004; Brotto et al., 2010). Estos métodos son poco fiables porque pueden pasar por alto aquellos individuos que careciendo de atracción sexual no se han identificado como asexuales, e incluso muchos de ellos pueden considerarse heterosexuales u homosexuales en función de lo que encaje mejor con su atracción romántica (Hinderliter, 2009). Van Houdenhovel et al. (2017) creen que estudiar la asexualidad apoyándose en la auto-identificación no es el mejor modo de profundizar en el tema. Estos mismos autores consideran que para poder auto-identificarse como asexual, primero es necesario estar familiarizado con el término, y matizan que dicho término aún no está suficientemente extendido e interiorizado en nuestra sociedad. Por otro lado, consideran que usar la auto-identificación como método de clasificación, es, como indicábamos antes, poco fiable pues les plantea la duda de: ¿las personas que experimentan una falta de atracción sexual, pero no se auto-identifican como personas asexuales, no lo son?

Se sabe poco de estos individuos que no se han auto-identificado. Hay autores que indican que pueden vivir su sexualidad de un modo aislado, y con más angustia y confusión que aquellos que ya pertenecen a la comunidad asexual (Brotto y Yule, 2009). Esto es porque, como ya hemos indicado, la identidad se construye a través de características compartidas; de hecho, Weeks (como se cita en Pacho, 2013), afirma que la identidad es socialmente significativa, especialmente cuando los deseos personales están en contradicción con las normas sociales, y cuando el proceso de identificación implica el rechazo de los valores dominantes. Estas contradicciones pueden justificar los estados de mayor confusión que comentaban Brotto y Yule (2009).

Por tanto, es cierto que aquellos individuos asexuales auto-identificados, que pertenecen a AVEN, podrían ser una muestra concreta y distinta dentro de toda la población asexual, ya que estos han reconocido su asexualidad como identidad, y existen autores que señalan que el reconocimiento de la propia identidad "permite a los asexuales formar una nueva imagen de sí mismos" (Radloff, 2008, p 157). Teniendo esto en cuenta, y desde el punto de vista metodológico, la investigación sobre la asexualidad debería incluir tanto a individuos de comunidades asexuales en línea ya auto-identificados, como a aquellos que

aún no participan de estas comunidades y no se han identificado como tal pero poseen las características de una persona asexual. Esta es precisamente una de las limitaciones principales en las investigaciones presentes sobre asexualidad, ya que se ha recogido información a través de comunidades asexuales en línea. Por ejemplo, Prause y Graham (2007) exploran la asexualidad utilizando información de individuos asexuales auto-identificados. Evaluaron la historia sexual, la inhibición sexual y el deseo sexual de los participantes, que constituían una muestra de personas asexuales y no asexuales. Aunque su investigación se centró mayoritariamente en las diferencias y similitudes en los niveles de deseo sexual, inhibición y excitación, también aportaron algunas descripciones iniciales de la identidad asexual a través de la información que proporcionaron los individuos asexuales auto-identificados, y concluyen que entender la diferencia entre lo sexual y lo no sexual es un punto fundamental para la creación de la identidad asexual. Un aspecto llamativo de esta investigación es que se obtuvieron evidencias de que las personas asexuales afirman experimentar beneficios gracias a su condición sexual. Así, en sus conclusiones establecieron que las cuatro ventajas de la asexualidad más frecuentemente mencionadas fueron: evitar los problemas comunes de las relaciones íntimas, disminuir los riesgos para la salud física, experimentar menos presión social para encontrar parejas adecuadas, y tener más tiempo libre. En la gran mayoría de los casos, las ventajas se mencionaban en comparación con la vida sexual de las personas no asexuales. De las mencionadas anteriormente, las que más se repitieron fueron: "menores riesgos para la salud" y "más tiempo libre". Por otro lado, estos mismos autores también señalan una serie de desventajas de la asexualidad. Los cuatro inconvenientes indicados con mayor frecuencia en su cuestionario fueron: problemas para establecer relaciones íntimas no sexuales, la necesidad de descubrir qué problema está causando la asexualidad, una percepción pública negativa de la asexualidad, y perderse lo positivo de aspectos del sexo.

En relación con la investigación de Prause y Graham (2007), Scherrer (2008), considera que los autores del ejemplo anterior se centraron más en dichas diferencias que en cómo las identidades asexuales tienen un significado en la vida de las personas asexuales y por tanto animó a guiar las investigaciones siguientes por este último camino.

Una de las principales plataformas que buscan, entre otros objetivos, promover el

bienestar de los asexuales y ayudarles en su proceso de identificación, es AVEN. Precisamente, la creación de asociaciones de este tipo, y el avance de las tecnologías de internet, han permitido el nacimiento de una comunidad de individuos geográficamente aislados, pero con un modo de entender la sexualidad similar y que genera la experiencia interna de llegar a una identidad asexual con los demás, lo que a su vez motiva una acción social. En su artículo, “La identidad asexual”, Álvarez Munrráiz (2010) hace una revisión exhaustiva del fenómeno de esta identidad y su estrecha relación con internet, y afirma que las plataformas online posibilitan un nuevo modo de presentación del sí-mismo basado en las relaciones sociales virtuales.

Por último, la noción de identidad debe distinguirse de la orientación sexual biológica. Pacho (2013), considera que esta última resulta de un deseo "natural" y la identidad sexual representa una sexualidad activa y se relaciona con ciertos valores y estilo de vida. En el siguiente apartado se revisará la posibilidad de considerar la asexualidad como una orientación sexual y las diferentes cuestiones teóricas que esto supone.

Por lo tanto, y a modo de conclusión de este apartado, podemos afirmar que aunque las investigaciones realizadas con el fin de esclarecer en que consiste el proceso de auto-identificación se han llevado a cabo con individuos asexuales, a la hora de responder a la pregunta: ¿aquellos que no se identifiquen como tal, no son asexuales? la respuesta a la que llegamos es que sí, es decir, la identificación es un aspecto independiente a ser o no asexual, pues aquel que cumple las características, podrá ser considerado como tal, aunque no exista dicho proceso de auto-identificación (por ejemplo, sería como una mujer que le gustan otras mujeres, pero aún no ha reconocido su homosexualidad).

3. ASEXUALIDAD: ¿UN TRASTORNO O UNA MANERA DE SER?

En este apartado, voy a presentar la discusión existente sobre la naturaleza de la asexualidad. Las principales preguntas que se hacen los autores que abordan este tema son: ¿Podría la asexualidad representar un síntoma de un trastorno mental (o un trastorno mental en sí mismo)? En el caso de que no sea considerado un trastorno, ¿debería clasificarse la asexualidad como una orientación sexual? Para poder responder a estas preguntas es importante tener en cuenta que los trastornos del deseo sexual guardan

semejanza con la asexualidad, ya que ambos se relacionan con la falta de interés en el sexo. En el DSM-5 (American Psychiatric Association, 2013), en el texto que acompaña a los trastornos del deseo sexual, (en concreto para el Trastorno de interés/excitación sexual en la mujer o el Deseo sexual hipoactivo en el varón) se indica concretamente que un criterio para descartar dichos trastornos es que la persona se auto identifique como asexual. Brotto y Yule (2016) añaden otra diferencia clave entre asexualidad y un trastorno de deseo sexual, afirmando que, aquellos que poseen este último, deben experimentar una angustia personal clínicamente significativa, aspecto que no se da en las personas asexuales en relación con su falta de atracción sexual, y, en el caso de que se diera, suele estar relacionada con la desaprobación social percibida de su estado asexual. Por otro lado, Bogaert (2006), ofreció tres argumentos para descartar que la asexualidad se corresponda con un trastorno sexual: 1) El trastorno del deseo sexual hipoactivo, requiere la presencia de un estrés significativo; 2) la falta de atracción sexual no necesariamente implica una falta de deseo sexual; y 3) la mayoría de las personas diagnosticadas con trastorno del deseo sexual hipoactivo tienen, en algún momento de sus vidas, un deseo sexual experimentado, mientras que la mayoría de las personas asexuales a menudo informan una ausencia de interés sexual de por vida.

El límite entre los trastorno del deseo sexual y asexualidad aún no está muy claro y las opiniones son dispares. Sin embargo, siguiendo la propuesta de Brotto et al (2010), señalan que es posible que la mujer que tenga una falta de atracción e interés sexual para toda la vida y, que no sienta incomodidad con este estado, pueda ajustarse mejor a la etiqueta de asexualidad, mientras que la mujer que declara angustia vinculada a la falta de interés y atracción sexual, se adapta mejor a la categoría de disfunción sexual y, por lo tanto, podría buscar el tratamiento adecuado. Sin embargo, en este estudio no se hace referencia a la misma situación en el caso de los varones, por tanto no podemos llegar a conclusiones sobre dicho aspecto.

En base a esto hay que tener en cuenta que, como señalan Brotto y Yule (2016), el objetivo en el tratamiento de una persona con un trastorno de deseo sexual es diferente a aquella persona asexual que experimenta ansiedad o angustia por factores externos (como podrían ser la desaprobación social percibida). Estos autores señalan que, para los

primeros, el objetivo de la intervención sería aumentar su interés en el sexo, mientras que con una persona asexual, el foco debería ponerse en un tipo de terapia que se centre en la auto-aceptación.

Además de investigaciones que estudian la relación entre asexualidad y trastornos del deseo sexual, existen otras que tratan de buscar relaciones con otro tipo de psicopatologías. Por ejemplo, Brotto et al. (2010) que en su investigación trataron de caracterizar aún más a las personas asexuales evaluando la respuesta sexual, la angustia sexual, la psicopatología, la personalidad y la respuesta socialmente deseada. Los resultados obtenidos mostraron que había tasas más altas de retención social y tasas más altas de trastorno de Asperger en la población asexual. Estos resultados además mostraban que el retiro social aparecía fuertemente entre un subconjunto de la muestra. Para evaluar esto, se preguntó a los participantes sobre experiencias como tener poco interés en las experiencias sexuales, frialdad emocional, capacidad limitada para expresar sentimientos cálidos hacia los demás y falta de deseo de cercanía. Una posible justificación que los autores ofrecen es que estos ítems, parecían encajar con muchos miembros de la muestra que se consideraban a sí mismos como introvertidos y por tanto daban alto en este tipo de puntuaciones. No obstante la literatura que estudia la relación entre Trastorno de Asperger y asexualidad es escasa y no permite llegar a conclusiones sólidas sobre este tema.

Por otro lado, otro estudio que se centró exclusivamente en la salud mental encontró tasas elevadas de depresión y ansiedad asociadas con la asexualidad (Brotto et al., 2015). En relación con esto surge la pregunta: ¿Podría la angustia asociada con la asexualidad ser parte de una condición psiquiátrica, o es un producto secundario de los juicios de la sociedad hacia la asexualidad? Los autores anteriormente citados justificaban la angustia personal de las personas asexuales como causada por las variables sociales; de hecho, Scherrer (2008) concreta que un componente que puede explicar la relación entre la psicopatología y asexualidad es la pertenencia a un grupo sexualmente marginado, lo que finalmente puede resultar estresante y estigmatizante y contribuir a la aparición de síntomas del estado de ánimo.

Otra clasificación coloca a la asexualidad dentro del campo de las parafilias. Las parafilias se definen como atracciones sexuales atípicas que, por sí mismas, no se consideran un

trastorno. El DSM-5 requiere que las personas con intereses parafilicos experimenten una angustia personal significativa o que sus deseos o comportamiento creen angustia para otra persona (American Psychiatric Association, 2013). El propio Bogaert (2004) descartó la relación entre asexualidad y parafilia ya que los individuos con tendencias parafilicas a menudo participan en algún contacto sexual humano, ya sea en el contexto de su parafilia o independientemente de ella, mientras que las personas asexuales niegan la atracción hacia cualquier persona. Más recientemente Bogaert (como se citó en Brotto y Yule, 2016) discutió esto más a fondo identificando un tipo de parafilia a la que llamo “Autochorissexual”, que se refiere a la dirección de los intereses sexuales del individuo hacia sí mismo. Sin embargo, Bogaert (2012), sugiere que en la actualidad, la comprensión de esta parafilia y su relación con las personas asexuales necesita más investigación utilizando diferentes metodologías, incluyendo cuestionarios estandarizados, historias de desarrollo y evaluaciones psicofisiológicas. Por lo tanto no se puede generalizar y determinar que todas las experiencias asexuales se corresponden con este tipo de parafilias, ya que no todos experimentan dicha sensación de “atracción hacia uno mismo”, aunque no implica que descartemos que haya personas que sientan que encajan correctamente con esta clasificación.

Hasta este punto hemos observado que la asexualidad no es una disfunción sexual, ni una parafilia, ni un síntoma de un trastorno mental, ni un trastorno en sí mismo. Como Van Houdenhove et al. (2017) señalan, muchos autores intentan entender la asexualidad partiendo de lo que no es. Además, añaden que ninguna (o muy pocas) investigaciones han abordado el papel de los genes, los neurotransmisores, la neuroanatomía, la neurofisiología y los niveles de hormonas postnatales en la asexualidad. Esto puede deberse al hecho de que, dentro de la comunidad asexual, hay cierta resistencia a una explicación biológica de su condición. Por lo tanto y descartado todo lo anterior pasamos a una de las preguntas centrales dentro de este asunto, ¿Es la asexualidad una orientación sexual única? Van Houdenhove et al. (2017) señalan, que responder afirmativamente esta pregunta implicaría estudiar la asexualidad desde un punto de vista sexual, que puede no ser la forma óptima de entender este tema tan complejo. Y además después de todo lo que sabemos que implica la asexualidad, ¿podemos conceptualizarla como una orientación sexual, cuando sabemos que las personas que tienen estas características no están

orientadas sexualmente hacia nada? Si mantenemos la premisa de los autores anteriormente citados, estaríamos nuevamente, caracterizando de manera negativa la asexualidad, es decir, tendríamos una definición basada en algo de lo que las personas asexuales carecen.

Para poder profundizar en este asunto es necesario entender, en primer lugar, que es la orientación sexual. La orientación sexual es considerada por muchos autores como una construcción multidimensional que incluye, tradicionalmente, la atracción sexual, la identidad sexual y el comportamiento sexual (Van Houdenhove, et al., 2017). Según esta definición, no podemos considerar a la asexualidad como una orientación sexual única, ya que la asexualidad se define como una falta de una atracción sexual. En respuesta a esto encontramos autores que consideran el romance y el afecto como importantes marcadores de la orientación sexual; por ejemplo, Paredes y Portillo (2011) indican que “la orientación sexual, se define como una atracción emocional, romántica, sexual o afectiva hacia otro individuo del mismo sexo o del sexo contrario” (p 3). Brotto y Yule (2016) se refieren a la definición de orientación sexual como “un mecanismo interno que dirige una disposición personal y romántica hacia las mujeres, los hombres o ambos, en diversos grados” (p 623). Estas dos últimas definiciones incluyen claramente la dimensión romántica y permitirían englobar dentro a la asexualidad.

Moser (2016) afirma que, desgraciadamente, el concepto de orientación sexual no está bien definido. En este artículo, él señala que uno de los criterios generalmente aceptados para categorizar un deseo sexual como orientación es su estabilidad relativa a lo largo del tiempo. Sin embargo Stephen Cranney (2016), señala que no existe ningún método cuantitativo establecido que nos permita saber cuánto tiempo debe durar un deseo sexual antes de que se lo considere estable o lo suficientemente intrínseco para considerarse una orientación. Dado que algunas personas informan una falta de deseo sexual no permanente, estaríamos ante un incumplimiento del criterio de estabilidad de orientación sexual.

Una visión interesante de esta cuestión la aporta Bogaert (2006), al argumentar que la atracción sexual "subjetiva" es un componente relevante para determinar la orientación sexual. Con subjetivo se refería a la propia experiencia interna o mental de la persona y no

necesariamente incluía la atracción. Él afirma que ciertamente la asexualidad puede describirse como la ausencia de las tres principales denominaciones de orientación sexual (heterosexuales, homosexuales o bisexuales) e incluso podría describirse como una ausencia total de orientación. Y por lo tanto, teniendo en cuenta la premisa anterior de la importancia de la atracción sexual subjetiva para la orientación sexual, si uno carece de atracción subjetiva por otros, la asexualidad podría considerarse como una categoría separada y única dentro de un marco de orientación sexual. Esto coincide con el modelo de Storms (1979) (*Ver figura 2*). Este modelo ubica las atracciones sexuales en dos ejes ortogonales. En relación con esto, DeLuzio Chasin (2011) señala que algunos investigadores colocan la asexualidad como una de las cuatro categorías mutuamente excluyentes relacionadas con la orientación sexual, junto con la heterosexualidad, la homosexualidad, y la bisexualidad. Desde este punto de vista, los asexuales son personas que a la vez tienen poca atracción por las personas del mismo sexo y las personas del otro sexo.

Volviendo al artículo de Bogaert (2006), este señala que se está produciendo un movimiento social que ha logrado reunir a un grupo de personas que se identifican como asexuales. Este autor remarca que dicho grupo de personas es una minoría que está reclamando su reconocimiento y aceptación tanto por parte del mundo científico como por parte de la sociedad. Por lo tanto afirma que las comunidades académicas y clínicas deberían ser sensibles a estas cuestiones que surgen. Precisamente, el discurso de la comunidad asexual y su ideología subyacente coinciden con los modelos de espectro continuo de orientación sexual adoptados por Kinsey, Pomeroy y Martin (como se citó en Drucker, 2011) y Storms (1979). Del primer modelo deriva la conocida escala de Kinsey que ofrece la sexualidad como un espectro o continuo que va desde individuos exclusivamente heterosexuales (atraídos por distinto sexo), pasando por individuos que se sientan atraídos hacia ambos sexos (bisexuales) hasta individuos exclusivamente homosexuales (atraídos por el mismo sexo) (*ver figura 1*). Además incluye una categoría más (X) que representa a aquellos que no sienten atracción hacia ninguno de los sexos (Paredes y Portillo, 2011). Dicha categoría X se correspondería con la categoría separada y única de asexualidad del modelo de Storms (1979).

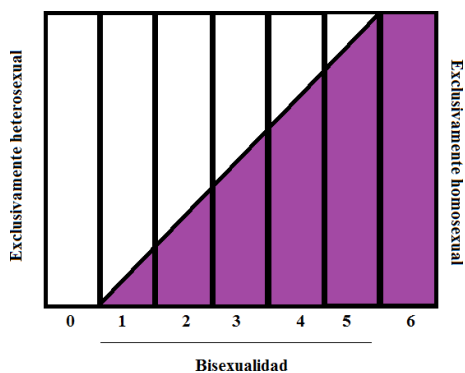


Figura 1. Escala de Kinsey

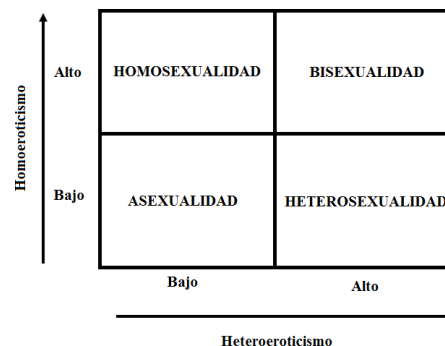


Figura 2. Modelo orientación sexual Storms (1979)

Como hemos expuesto anteriormente tener una falta de atracción sexual no significa necesariamente que las personas asexuales no tengan una atracción romántica; de hecho esta premisa también es respaldada por muchos sujetos que se identifican como asexuales para describir su orientación. Esto es expuesto por Bogaert (2016) en uno de sus estudios sobre asexualidad. En este artículo expone que algunas personas asexuales pueden tener inclinaciones heterorománticas, homorrománticas, y también inclinaciones birrománticas, e incluso, arománticas. De hecho, muchas veces, y debido a la estrecha relación aceptada socialmente que existe entre la inclinación romántica y sexual, algunas personas asexuales pueden informar de su orientación sexual como homosexuales, heterosexuales o bisexuales en función de sus atracciones románticas.

En definitiva, la conceptualización de la asexualidad como orientación sexual es una cuestión que aún se encuentra abierta. Si es cierto que en los últimos años se ha tratado de delimitar las diferencias y las semejanzas con otros fenómenos como por ejemplo, con los trastornos del deseo sexual. Fruto de estos intentos surgen algunas premisas, como por ejemplo, el hecho de identificarte como asexual o la existencia de angustia asociada a esta condición puede determinar que etiqueta ponerle a la persona que lo expresa.

Es evidente que encuadrar la asexualidad dentro de un modelo de orientación sexual vendrá determinado por lo que entendamos por orientación sexual, de tal modo que, si nos quedamos con una visión de la orientación sexual en base al modelo de Storms (1979), podríamos contemplar la asexualidad como una orientación más. No obstante en el caso

de quedarnos con modelos o definiciones de la orientación sexual que implican la necesidad de existencia de atracción sexual, seguiríamos teniendo que responder a la pregunta de ¿Qué es la asexualidad?

4. LA ASEXUALIDAD EN INTERNET

Todas las cuestiones planteadas anteriormente surgen en gran medida por el impulso de internet y la aparición de plataformas en línea que permiten a las personas asexuales compartir sus experiencias y explorar más acerca este modo de vivir la sexualidad. La plataforma en línea más conocida que aborda este tema y ofrece un espacio para aquellos que quieran informarse es AVEN. Los miembros de esta asociación defienden la consideración de la asexualidad como una orientación sexual.

En sus foros y páginas web, las personas asexuales comparten experiencias de todo tipo, y ponen un gran énfasis en aquellas que tienen que ver con la discriminación. Esto es debido fundamentalmente a que la población asexual es considerada como una minoría sexual (Brotto et al., 2015). La lucha contra esta discriminación social y estigmatización es uno de los objetivos de AVEN, cuyo modo de lograrlo es a través de la aportación de visibilidad.

Un autor que ha indagado en como internet afecta al movimiento social que ha surgido en torno a la asexualidad es Álvarez Munárriz (2010). Nos indica que un rasgo característico de la interacción que surge en internet es que es deslocalizada, independiente y libre. Además añade que un componente importante es que este tipo de espacios permiten a la persona presentarse a sí misma de un modo diferente a como se presentaría en un contexto no virtual. La manera de ser y mostrarse en las redes formaría lo que él denomina “identidad digital”. Y precisamente, una forma de dicha identidad digital sería la identidad sexual que se muestra y manifiesta en las redes. La lectura que nos proporciona esta visión de la “identidad virtual” es la de una oportunidad de generar un sentimiento de pertenencia, como ya indicábamos en el apartado 2.1, donde decíamos que este tipo de plataformas permiten generar la experiencia interna de llegar a una identidad asexual con los demás.

Por último y en referencia a AVEN, cabe destacar que no solo se dirige hacia esa minoría asexual, sino que también tiene el objetivo de educar a la sociedad en un modo de entender la asexualidad a través de la puesta en marcha de proyectos encaminados hacia los objetivos enunciados.

5. CONCLUSIONES

El interés por el estudio de la asexualidad es relativamente reciente, e impulsado en gran medida por el movimiento social que surge en redes sociales, de manera que se encuentra en pleno proceso de investigación y conceptualización. Las investigaciones que han ido estudiándolo han evolucionado desde una mirada puramente patologizadora hacia el planteamiento de cuestiones teóricas que, a día de hoy (muchas de ellas), siguen sin resolver.

Este trabajo ha comenzado tratando de exponer los diferentes modos de definir la asexualidad, y se ha mostrado que este proceso resulta complejo, por muchos aspectos. El primero de esos aspectos, y más relevante, es el desentendimiento entre muchos conceptos fundamentales que son necesarios aclarar para poder entrar a definir la asexualidad. Por ejemplo, deseo sexual, atracción sexual y excitación sexual, entre otros. Además, las maneras tan dispares de vivir la asexualidad hacen complicado delimitar en que consiste; por ejemplo, muchas de las personas que se identifican como asexuales manifiestan mantener relaciones sexuales y, aunque se trata de buscar explicaciones a estos fenómenos, es difícil generalizar a todos los casos.

Por otro lado surge la cuestión principal que guía este trabajo, ¿debe conceptualizarse la asexualidad como una orientación sexual? De acuerdo con Bogaert (2006), que afirma que las personas asexuales están reclamando cierto reconocimiento y están generando un debate en torno a una gran cantidad de asuntos, que hemos ido exponiendo en este trabajo, sería necesario revisar los modelos que determinan nuestro modo de entender la sexualidad y empezar aclarando cuestiones más generales como ¿Qué entendemos por orientación sexual?

No obstante y a pesar del poco recorrido que lleva este debate que continúa avanzando, si hay algunas conclusiones que podemos extraer en base a la revisión que se ha realizado:

- 1) La asexualidad se puede definir como una falta de atracción sexual, a la que añadiríamos un bajo deseo sexual y una baja excitación sexual, lo que genera como resultado el expresado desinterés por el sexo. Es importante remarcar que esta falta de atracción no impide a las personas asexuales la búsqueda de relaciones afectivas y románticas.
- 2) A pesar de este desinterés por el sexo podemos encontrar personas identificadas como asexuales que mantienen relaciones sexuales, ya sea por complacer a la pareja, por obtener otro tipo de beneficios o por responder a demandas propias (masturbación).
- 3) Al ser un modo de entender la sexualidad poco conocido, y en gran parte estigmatizado, se sospecha que existen personas asexuales que no se han identificado como tales, pero que no por ello dejarían de ser consideradas asexuales.
- 4) Existen diferencias entre la asexualidad y los trastornos del deseo sexual. Principalmente aquellos que experimenten malestar por su condición y que no se encuentren identificados como asexuales, serán aquellos que requerirán de un tratamiento para recuperar su funcionamiento sexual normal. Sin embargo, aquellos que estén a gusto y conformes con su modo de vivir la sexualidad y que además reporten falta de atracción sexual hacia los demás serán considerados como asexuales.
- 5) A día de hoy muchos confirman y tienen la convicción de que su condición sexual es una orientación sexual más, aunque aún no hay un reconocimiento, ni científico ni social de este asunto.
- 6) Las redes sociales e internet están favoreciendo que cada vez sea más visible la asexualidad y se puedan llevar a cabo proyectos encaminados a asentar esta comunidad.
- 7) La gran mayoría de investigaciones que han sido revisadas en este trabajo se caracterizan por albergar ciertas limitaciones metodológicas ya mencionadas anteriormente, como por ejemplo, la mayoría de las investigaciones parten de muestras

de individuos asexuales auto-identificados, además la ausencia de investigaciones que aborden las causas psicofisiológicas o el desarrollo de la asexualidad a lo largo de la vida de estas personas, hace difícil que se pueda responder a muchas de las preguntas que he formulado en este trabajo, como por ejemplo, ¿podría la asexualidad ser un síntoma de un trastorno mental? ¿existen causas biológicas? ¿qué características concretas tiene una persona asexual? Sería interesante explorar una línea de investigación que, más allá de intentar comprender las vivencias de las personas asexuales, se centrara en los aspectos mencionados y ayudara a crear medidas y características más precisas. De tal modo que, como profesionales de la psicología, obtendríamos una mirada más objetiva y completa, que nos permitiera dar respuesta a las necesidades que pudieran surgir en relación con este tema.

Como conclusión final y global del trabajo, destaco la necesidad de seguir explorando este tema y profundizar más en las bases de los modelos que sustentan el modo de entender la sexualidad que rige nuestra sociedad. Es decir, es importante aceptar y comprender que surgen y pueden surgir nuevos modos de vivir la realidad y desde mi punto de vista hay que buscar la flexibilidad y fomentar la investigación con el fin de conseguir una base sólida sobre la que asentar todo lo nuevo que vaya surgiendo.

6. REFERENCIAS

- Álvarez-Munrráiz, L. (2010). La identidad “asexual”. *Gazeta de Antropología*, 26(2).
Recuperado de <http://hdl.handle.net/10481/6777>
- American Psychiatric Association. (2013). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders* (5th ed.). Arlington, VA: American Psychiatric Publishing.
- AVENwiki (s/f). Recuperado el 20 de febrero de 2018 de AVENes:
http://es.asexuality.org/wiki/index.php?title=P%C3%A1gina_principal
- Basson, R. (2000). Using a different model for female sexual response to address women’s problematic low sexual desire. *Journal of Sex & Marital Therapy*, 27, 395-403. doi:10.1080/713846827
- Bogaert, A. F. (2004). Asexuality: Prevalence and associated factors in a national probability sample. *Journal of Sex Research*, 41, 279-287. doi:10.1080=00224490409552235
- Bogaert, A. F. (2006). Toward a conceptual understanding of asexuality. *Review of General Psychology*, 10, 241-250. doi: 10.1037/ 1089-2680.10.3.241
- Bogaert, A. F. (2012). Asexuality and autochorissexualism (identity-less sexuality).
Archives of Sexual Behavior, 41, 1513-1514. doi:10.1007/ s10508-012-9963-1.
- Bogaert, A. F. (2016). What asexuality tells us about sexuality? *Archives of Sexual Behavior*, 46 (3), 629. doi: 10.1007/s10508-016-0892-2
- Brotto, L. A., Knudson, G., Inskip, J., Rhodes, K., y Erskine, Y. (2010). Asexuality: A mixed-methods approach. *Archives of Sexual Behavior*, 39, 599-618. doi 10.1007/s10508-008-9434-x
- Brotto, L. A., y Yule, M. A. (2009). Reply to Hinderliter. *Archives of Sexual Behavior*, 38, 622-623. doi: 10.1007/s10508-009-9514-6

- Brotto, L. A., y Yule, M.A. (2011). Physiological and subjective sexual arousal in self-identified asexual women. *Archives of Sexual Behavior*, 40, 699-712. doi 10.1007/s10508-010-9671-7
- Brotto, L. A., y Yule, M. (2016). Asexuality: Sexual orientation, paraphilia, sexual dysfunction, or none of the above? *Archives of Sexual Behavior*, 46(3), 619-627. doi:10.1007/s10508-0160802-7
- Brotto, L. A., Yule, M. A. y Gorzalk, B. B. (2015). A validated measure of no sexual attraction: the asexuality identification scale. *Psychological Assessment*, 27(1), 148-160. doi:10.1037/a0038196
- Cambridge University Press. (2017). *Diccionario de Cambridge*. Consultado en <https://dictionary.cambridge.org/es/diccionario/ingles/>
- Carrasco, M. J. (2011). Género y sexualidad. En M. J. Carrasco y A. García-Mina (eds). *Género y psicoterapia* (pp. 37-52). Madrid: Universidad Pontificia Comillas
- Cranney, S. (2016). Does asexuality meet the stability criterion for a sexual orientation? *Archives of Sexual Behavior*, 46 (3), 637. doi: 10.1007/s10508-016-0887-z
- DeLuzio Chasin, C. J. (2011). Theoretical issues in the study of asexuality. *Archives of Sexual Behavior*, 40(4), 713-723. doi: 10.1007/s10508-011-9757-x
- Diamond, L. M. (2003). What does sexual orientation orient? A biobehavioral model distinguishing romantic love and sexual desire. *Psychological Review*, 110, 173-192. doi: 10.1037/0033-295x.110.1.173
- Drucker, D. J. (2011). Marking Sexuality from 0–6: The Kinsey Scale in Online Culture. *Sexuality & Culture*, 16, 241-242. doi: 10.1007/s12119-011-9122-1
- Everaerd, W., y Both, S. (2001). Ideal female sexual function. *Journal of Sex & Marital Therapy*, 27, 137-139. doi:10.1080/00926230152051806

- Fisher, H. E. (1998). Lust, attraction, and attachment in mammalian reproduction. *Human Nature*, 9(1), 23-52. doi: 10.1007/s12110-998-1010-5
- Gorguet-Pi, I. (2008). *Comportamiento sexual humano*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
- Hall, S. (1996). Introducción: ¿quién necesita «identidad»? En S. Hall & P. Du Gay. (Ed.), *Cuestiones de Identidad Cultural* (pp. 13-39). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores
- Hinderliter, A.C. (2009). Methodological issues for studying asexuality. *Archives of Sexual Behavior*, 38, 619-621. doi:10.1007/s10508-009-9502-x
- Kaplan, H. (1977). Hypoactive sexual desire. *Journal of Sex y Marital Therapy*, 3(1), 3-9. doi: 10.1080/00926237708405343
- Moser, C. (2016). Defining sexual orientation. *Archives of Sexual Behavior*. 45 (3), 505-508. doi: 10.1007/s10508-015-0625-y
- Nurius, P. (1983). Mental health implications of sexual orientation, *The Journal of Sex Research*, 19(2), 119-136, doi: 10.1080/00224498309551174
- Pacho, A. (2013). Establishing asexual identity: The essential, the imaginary, and the collective. *Graduate Journal of Social Science*, 10(1), 13-35. Recuperado de: <http://gjss.org/sites/default/files/issues/chapters/papers/Journal-10-01--01-Pacho.pdf>
- Paredes, R y Portillo, W. (2011). Asexualidad. *Revista Digital Universitaria*, 12(3), 3-8. Recuperado de <http://www.revista.unam.mx/vol.12/num3/art28/index.html>
- Poston, D.L. y Baumle, A.K. (2010). Patterns of asexuality in the United States. *Demographic Research*, 23, 509-530. Recuperado de: <http://www.demographicresearch.org/volumes/vol23/18/23-18.pdf>

- Prause, N. y Graham, C. (2007). Asexuality: classification and characterization. *Archives of Sexual Behavior*, 36, 341-365. doi 10.1007/s10508-006-9142-3
- Radloff, K. (2008). Beyond the disorder: Change of discourse on asexuality. *Sexologies*, 77(1), 156-157. doi:10.1016/S1158-1360(08)72952-9
- Real Academia Española. (2018). *Diccionario de la lengua española* (23.a ed.). Consultado en <http://www.rae.es/rae.html>
- Scherrer, K. S. (2008). Coming to an asexual identity: negotiating identity, negotiating desire. *Sexualities*, 11 (5), 621-641. doi:10.1177/1363460708094269
- Steiner, B.W. (1985). *Gender dysphoria: development, reasearch, management*. New York: Plenum Press
- Storms, M.D. (1979) Sexual Orientation and self-perception. En: P. Pliner, K.R. Blankstein, I.M. Spigel (eds) *Perception of Emotion in Self and Others* (pp. 165-180). Boston, MA: Springer
- Van Houdenhove, E., Gijls, L., y Enzlin, P. (2017). A positive approach toward asexuality: some first steps, but still a long way to go. *Archives of Sexual Behavior*, 46 (3), 647-651. doi: 10.1007/s10508-016-0921-1